# **LA HACIENDA**

A muchos kilómetros de Cuchimilcos, en las llanuras fuera de las montañas, una familia próspera y pudiente se prepara a sus tareas cotidianas. La familia Salgado es dueña absoluta de un inestimable paraíso perdido. Entre rutas sinuosas, carreteras a medio terminar y peligrosos abismos, los Salgado poseen la más bella hacienda**[[1]](#footnote-1)** del condado, herencia de muchas generaciones. Contando con vacas, borregos, toros, caballos, aves de corral, cultivos de cereales, maíz, papas y hierbas medicinales, la hacienda ofrece trabajo, comida y alojamiento a más de quinientos trabajadores del campo. Gracias al rigor y el infatigable esfuerzo de sus propietarios, la estabilidad y seguridad reinan en sus recintos.

La ruta a la hacienda extasía con sus floridos campos. Al culminar una impresionante edificación testimonio de años de construcción y remodelación. Su casona amplia y sencilla, erigida en el centro de la plantación, en la que se accede por intermedio de cuatro corredores entrelazados que conducen a la entrada, facilitando la vista de toda la propiedad. Entre cales, yesos y tejas rojas, los muros de piedra fueron recubiertos con pinturas y mosaicos coloridos de estilo arabesco. Sus patios con sus suelos empedrados, decorados con cerámicas importadas de España, resaltan la elegancia y prestancia de la hacienda. Los grandes jarrones de colores rojizos como el cobre y plantas colgantes, así como sus balcones de encajes llamativos fabricados en fierro forjado dan prueba del arte colonial, los patios amplios y espaciados arrimados a sus arcadas de diversos estilos perennizan los brillos de antaño. En el fondo de la casona, los cuartos de la servidumbre, construidos con ladrillos de adobe y yeso, alojan a más de una docena de empleados. A las afueras, cerca de los retablos, un viejo molino de piedra fuera de uso sirve de nido improvisado a más de una centena de pájaros. Al extremo opuesto, se encuentran los aposentos de los empleados. Una sala de reposo dotada de algunas hamacas, largas mesas rusticas de madera, sillas y lámparas acogen a un buen nombre de trabajadores después de las duras faenas. La higiene en la hacienda es muy importante, Hortensia a pesar de su corta edad con un grupo de mujeres se ocupa de limpiar los lugares públicos, lavar las ropas de los trabajadores y preparar las comidas.

Doña Lourdes, la dueña y señora de la hacienda es una mujer a la cual no se le puede pasar desapercibida, de apariencia delicada, mirada penetrante e inteligente, y de una belleza luminosa, en la hacienda, su alma acongojada ronda como una muerta en vida, en la ausencia de una capilla, la ferviente católica parte a Lima para reencontrarse con su fervor religioso, asistir a la procesión *del Señor de los Milagros* y visitar con frecuencia al excelentísimo Monseñor Eloides hombre de iglesia respetable que ejerce una gran influencia en la familia Salgado. Privarla de sus creencias es imperdonable, sobre todo en esas tierras alejadas de la civilización. Después de una conversación ardua y tendida, don Pedro comprendió la importancia para Lourdes de construir una capilla en la hacienda.

Sin más premura los trabajos de la capilla comienzan, sus muros fabricados con piedras de los canteros incas, unidas al yeso y la cal, sus cornisas de madera, cuatro campanas, un portón tallado por un artesano ayacuchano, y un crucifijo confeccionado por los propios trabajadores, la capilla es pintada de blanco y según Lourdes, el color refleja la pureza del alma de sus fieles. Lourdes se ve en la obligación de partir nuevamente a la capital para pedir la bendición de don Monseñor Eloides. Al infórmale de la construcción, la idea lo llenó de júbilo y más que complacido envía un segundo crucifijo, una pileta de agua bendita, candelabros, algunos oleos y esculturas de santos, bancos, una mesa y un confesionario. Una mañana, al abrir la puerta de la hacienda, una caja muy bien empaquetada con listones blancos, rojos y negros fue depositada a la entrada de la hacienda. Jacinto el hombre de confianza de la familia fue el primero en percatarse, llevándosela consigo, la presenta a su patrona. Ante tal descubrimiento, Lourdes atolondrada llama a gritos al resto de la familia. Padre e hijos se precipitan al salón. Intrigada, Lourdes procede a desempacar, los listones eran suaves y brillosos de un terciopelo muy delicado y fuertemente ajustados, dificultaban el desempaque mientras que todos con miradas curiosas y anhelantes deseaban terminar con el misterio. En el forcejeo y el afán de conocer su contenido, una diáfana luz interior se asoma tímidamente ante los ahí presentes.

* *Es un milagro*, repite Lourdes embelesada.

Tomándola entre sus brazos, la apretó hacia su pecho, dejando caer un sobre con un mensaje, Don Pedro consternado cogió el sobre y abriendo la misiva la leyó en voz alta.

* A partir del día de la apertura de la capilla, Santa Rosa de Lima será vuestra patrona, colóquenla en lo alto de la fachada, ella los protegerá durante vuestra existencia, y recuerden también que, durante la muerte de un ser querido, esta santa, les ofrecerá un alivio profundo para sus almas acongojadas y perdidas en la pena. En el fondo de la caja, envuelto a un paño negro, encontrarán una buena cantidad de estampitas y recuerdos benditos, les agradeceré mucho las distribuyan en la hacienda. Amistosamente, Monseñor Eloides.

Un manto de protección invisible fue sentido por los miembros de la familia, el rostro de aquella santa es muy bello, como el de una rosa y por encima de toda lógica, la imagen parece emanar una tranquilidad espiritual nunca antes resentida. Tremendo es el impacto para Lourdes que ordena atribulada de cultivar rosas rojas en la entrada de la capilla, en memoria de la santa. Sorpresivamente ella manifiesta una ferviente devoción por aquella imagen que hasta hace muy poco desconocía.

Fuera de su fervor religioso, doña Lourdes revoluciona el ambiente de la cocina, aquella sala oscura y sin encanto, con un poco de ingenio y buen gusto da un giro espectacular. Solo falta poseer los secretos del arte culinario y como anfitriona, una buena mesa tendría que considerarse. Doña Lourdes inicia la búsqueda de la perla rara. Gracias a sus numerosos contactos Doña Lourdes escucha hablar de Sylvana una joven recién llegada a la región. Ella se encuentra bajo el servicio de una familia muy severa. Según los dichos, Silvana, es una muchacha callada, sumisa y muy hacendosa, habiendo heredado unas manos y un olfato que muchos pregonaban venir de otro mundo, Silvana prepara delicias con muy pocos ingredientes, su cocina es un verdadero deleite al paladar. Después de tanto escuchar hablar de ella, el deseo que tenerla bajo sus órdenes fue aumentando hasta el punto de convertirse en una obsesión. Convencida en que Silvana sería la mejor elección, persuadió a su marido para que ofrezca mucho pero mucho dinero para tenerla a su servicio. A fuerza de negociaciones ásperas y maniobras un poco ortodoxas, don Pedro Salgado logra arrancarla de aquel hogar. Silvana entra por la puerta principal acompañada del patrón.

Silvana es una mujer muy austera en su vestir, aquel día lleva un pequeño saco de yute, una pañoleta que cubre todos sus cabellos, dejando al descubierto su rostro ovalado color mate, un lunar negro muy pronunciado cerca de los labios, unos ojos muy expresivos dejan al descubierto su honestidad y franqueza. Algunos ganchos negros cogen las hebras de cabellos que sobresalen, un vestido negro largo, unos zapatos terrosos y una carta en mano.

* Es para Ud, señora mía, dice Silvana estirando el brazo hacia Lourdes en un ademán de mucho respeto.
* Es una carta de recomendación, explica Lourdes a su marido. Bienvenida seas, informaré a nuestra ama de llaves para que te muestre tu habitación. A partir de mañana quisiera que te apliques en tus labores.
* Si señora, lo que Ud, diga.

Desde muy temprano, Silvana se apunta a la cocina, cuando entra a la pieza, todo está revuelto, las ollas negras y sucias con restantes de comidas pegadas, los platos acumulados, los cubiertos llenos de grasa. Sus ojos acostumbrados recorren la pieza hasta los más ínfimos recovecos. Al cabo de unas horas, todo estaba reluciente, el desayuno servido e inclusive un florero de flores frescas es colocado en la mesa. Ahora se distingue todo con más claridad, Don Pedro complaciente, discute alegremente con su mujer, mientras que come gustosamente. A partir de aquella mañana, Lourdes siente en Silvana una aliada para la eternidad.

Silvana es una mujer, muy amable, suave y delicada, su tarea principal es de ocuparse de la cocina mañana tarde y noche, la variedad de platos son sorprendentes. Todos los días sin excepción, la pieza derrama esos aromas tan exquisitos que se escurren por las ventanas de la casona, inundando el aire frío de la hacienda. Durante el día, en los campos de cultivo, Don Pedro de vez en cuando voltea la cabeza hacía la casona, pidiendo desesperadamente que el tiempo avance, para encontrarse ante su debilidad: *la gastronomía*. Es sorprendente ver a don Pedro, una vez sentado, moverse de impaciencia esperando ser servido para luego silenciosamente, devorarlo todo. Unos cuantos platos fueron suficientes para que Silvana conquiste el estómago del patrón a tal punto, que él mismo decide la construcción de un horno, el más grande horno de todas las haciendas de la región. En la cocina, un aire cálido se desprende y el deseo de descubrir nuevas delicias se acrecienta. Regularmente, don Pedro, pasa abriendo las ollas, exhalando nuevos secretos. Con el correr del tiempo, la familia fue creciendo y la cocina sigue siendo el lugar de predilección de encuentros y buenos momentos.

Joaquín, es el último de sus hijos, llega al mundo con una sonrisa en los labios. Su madre contrariada, desde su nacimiento lo cede a los brazos de Silvana, aduciendo que desde hace mucho tiempo la experiencia la había olvidado. Desde su nacimiento, Joaquín es confrontado a dos mundos, aquel de los hacendados ricos y pudientes contra el de los trabajadores pobres y sin riquezas. Por aquel entonces, otro nacimiento se prepara en la hacienda, la mujer de Jacinto el hombre de confianza de la familia Salgado, la mujer gesta en la sala de reposo, ayudada por la curandera de la región. Por aquel entonces, un nuevo varón llega al mundo. Desde ese momento, los dos niños son inseparables, Joaquín aprendió el quechua el dialecto de los trabajadores y español, así como Silvestre, hijo de Jacinto. Con el correr del tiempo, los dos niños se ven como hermanos. Criado en los brazos de Silvana, Joaquín pasa la mayoría de su tiempo con los trabajadores. Apenas cumplidos los ocho años Joaquín, sufre su primera separación. La ruptura fue dolorosa, tanto para los trabajadores como para el propio niño, que a pesar de su corta edad jura ante Santa Rosa de Lima en presencia de Silvestre que nada ni nadie lo alejarán de la hacienda, con este acto infantil, su primer juramento lo ata a sus raíces. Sin contar con una escuela primaria cerca de la región, los padres de Joaquín se ven forzados a enviar a su hijo a la capital. Joaquín, es internado en la escuela de padres franciscanos presidido por Monseñor Eloides, es allí en donde se educa a los hijos de las mejores familias. Durante los años de internado, Joaquín es sometido a una disciplina férrea y rigurosa, desarrollando en él, un elevado sentido de responsabilidad. Los años transcurren y la añoranza por esas tierras perdidas de las altas montañas de la sierra lo llenan de nostalgia. Joaquín se vuelca completamente a los estudios, sus resultados son más que satisfactorios, el termina su primaria y secundaria con brillo.

El día de su regreso, sus familiares y viejos amigos, lo esperan en la parada del tren. El ruido estridente de la campana y los vagones los llenan de nerviosismo, sus rostros ansiosos se fijan en la puerta delantera del medio de transporte. De repente, un joven escurridizo, se desliza del primer vagón, con un mameluco sucio, el rostro embadurnado de grasa y aceite daba la bienvenida a los pasajeros. Una familia numerosa desciende del tren, la mujer tratando de no atascar su vestido, baja con mucho cuidado y lentitud, sus hijas la secundan, no muy lejos de ellas, Monseñor Eloides, acompañado de un buen mozo adolescente continua el descenso.

* ¿*Como ha crecido*?, ese debe ser el niño Joaquín, exclama Silvana cubriéndose la boca con sus manos de sorpresa.

Silvestre y su padre, muestran las estampillas de Santa Rosa de Lima.

* *Que Dios proteja a mi niño,* añade Jacinto.

Mientras que don Pedro y Lourdes, cierran el paraguas de seda. Las caras brillosas por el sol se acercan al muchacho. Muy orgullosa ante tal mozo, Lourdes lo contempla y le abre los brazos dándole la bienvenida en esta tierra alejada pero hospitalaria.

* *Que Dios este contigo hijo mío. Pero como has crecido, estás irreconocible*.

En el trayecto, Monseñor Eloides no cesa de elogiar el talento y disciplina de Joaquín, mientras que Joaquín, con una mirada absorta y retraída observa con detenimiento y placer, los paisajes andinos, los ichus, las montañas cubiertas de piedras, trasladándose a otra dimensión. Una dimensión que el sólo conoce. Al cabo de unas horas de trayecto, sus reflexiones son interrumpidas por el paro brusco de la carreta.

* *Hemos llegado niño Joaquín*, añade don Jacinto.
* *La entrada de la hacienda es amplia*, repite Joaquín, los arcos de mi niñez me dan la bienvenida.

Joaquín observa todo con tanto asombro y placer al mismo tiempo. Después de tanto tiempo enclaustrado en un encierro forzado, respira nuevamente, el aire puro, del campo que lo vio nacer. Finalmente, se encuentra con los suyos y aquello lo llena de júbilo. El abrevadero de vacas y borregos estaba intacto, en el mismo lugar de siempre, con la misma cantidad de agua que él había depositado la última vez, el viejo molino que alimentaba los pájaros viajeros conserva ese aire familiar cargado de pajas amarillentas y rodeado de defecaciones de pájaros. Sorpresivamente, los caballos y ganados salen del retablo para darle la bienvenida. Joaquín regresa con la firme intención de nunca más partir.

Desde aquel día, Lourdes extrañada por el comportamiento de su hijo, vigila sus pasos. Sorprendida confirma sus dudas, su grande preocupación por el bienestar de los trabajadores llega a extremos, a tal punto que él mismo se ofrece en varias oportunidades a cargar los pesados sacos de papas y verduras para evitar que la tierra avalen los pies de los más viejos. Durante muchas jornadas, Joaquín, demuestra el sostenido afán de trabajar al lado de los campesinos de la hacienda, inclusive come con ellos. En sus momentos libres, se ocupa de los caballos y algunas bestias, con Silvestre el hijo de Jacinto pasa la mayoría de las noches dialogando por largas y tendidas horas, y durante las comidas busca instintivamente el amor maternal de Silvana. Lourdes asombrada comenta el comportamiento enigmático de su hijo a su marido.

* *Tienes razón, es difícil comprender, la estirpe de los Salgados no puede mezclarse a estos indios, lo único que podemos hacer es mandarlo al extranjero para que continué estudios especializados*.

Joaquín no aprueba la decisión, sin embargo, siendo menor de edad, no puede oponerse. De buenas ganas, hubiese permanecido en la hacienda, había tanto por hacer y sobre todo por cambiar, pero él tiene que acatar órdenes. Tres días después del anuncio, Joaquín, sale por la puerta principal acompañado de su padre. Cuando Silvana prepara el desayuno se percata con espanto que Joaquín no forma parte de los nuestros. Al anuncio de la partida de Joaquín, la música triste de las quenas andinas se escucha por una semana. Los indios lloran su partida.

Después de siete años, en una mañana de marzo, Joaquín llega con una maleta al hombro. La hacienda se ha transformado, dentro del riguroso clima andino, una fila de hombres esperaba ser contratados. El trabajo es siempre el mismo, el dominio surte muchas regiones de verduras variadas e inclusive frutas y cereales. Joaquín es recibido con mucho cariño y expectativa, después de tantos estudios, él no los puede defraudar, durante su estadía en España, había aprovechado al máximo el tiempo que disponía. Hoy en día, posee diplomas de ciencias veterinaria, administración e inclusive de abogado. A la edad de veintisiete años y después de haber demostrado sus capacidades, Joaquín toma las riendas de la hacienda. A finales del primer año, la propiedad goza de una notable mejoría y simultáneamente las condiciones de los trabajadores. Su padre no se opuso ante las nuevas disposiciones, la hacienda anda viento en popa.

En un día oscuro y opacado, mucho antes de la incursión de la anaconda en los Andes. Trayendo con ellos una fina lluvia, un grupo de caballos recientemente comprados por Joaquín, se aproximan a las afueras de la hacienda. Silvestre es el primero en remarcar el contingente, excitado parte a informar a su patrón. Al aproximarse Joaquín con su hombre de confianza, pregunta intrigado por aquel animal muy particular. La bestia en cuestión es la única que se mantiene atada al interior del camión, llevando herraduras de oro, lanza patadas por doquier dejando al descubierto sus valiosas herraduras.

* No se trata de un caballo señor, es una yegua y su nombre Mascarela, no está en venta.
* ¿Y porque es tan hostil?

Una terrible luz que penetró en nuestro camión desató su furia, tuvimos que atarla, estaba incontrolable, lo siento mucho señor, me la llevo para que no ocasione desmanes.

* Porque no la deja con el grupo.
* No está en venta, el olor de muerte le ronda, en algunos días esta yegua será ajusticiada.
* ¿Qué es lo que ha cometido?
* En una de sus faenas en el campo, la descubrimos que corría atolondrada con el pecho ensangrentado, pocas horas después, encontramos un cadáver vilmente aplastado. Esta yegua es una asesina.
* Sólo es de miserables condenarla, este animal no se puede defenderse y como buen cristiano Ud, debe de entender que esta yegua necesita otra oportunidad.

El hombre volteando la espalda, mira a Mascarela de reojo.

* No podemos mantenerla en nuestro establo, esta yegua es peligrosa.
* Le pagaré una buena suma de dinero, ella tiene que permanecer con los machos del grupo.

Ante tal arreglo, su voz se enmudeció y en los umbrales de la hacienda, Mascarela cambió de propietario. Eran tiempos de compasión y ante tal fallo a su favor, Mascarela es librada de su fatal destino. La yegua está cubierta de lodo, no cesa de agitarse y de relinchar violentamente. Apenas desciende del camión, presintiendo el cambio, en un esfuerzo por librarse de su nuevo patrón, alza las patas delanteras con rabia como si en el fondo quiere aplastar a un mortal más.

* Que nadie avance, esta yegua es peligrosa.

Al ver lo enardecida que está y aquella mirada destructora que lanza, los hombres temblorosos murmuran:

* Este animal es el mismísimo diablo. Está marcada por el signo de la muerte y traerá consigo a aquel que quiera doblegarla.

Mascarela es una yegua esbelta de buen porte, bien erguida, su pelaje negro color azabache brilloso, unos ojos color caramelo penetrantes. Entre Joaquín, Silvestre y unos seis hombres, los caballos son conducidos a su nuevo refugio. El repique de campanas sorprende Joaquín en la entrada de la hacienda, Mascarela permanece en el umbral del portal sin que nadie pueda cambiarla de parecer.

* No podemos permanecer aquí todo el santo día, traigan cuerdas, necesito más cuerdas.

La yegua lanza una mirada tan agresiva como si por medio de sus gestos impide que la toquen. Diez cuerdas lanzadas al cuello, seis hombres para empujarla no bastaron, Joaquín tuvo que duplicar el contingente. Entre jaloneos, patadas lanzadas al aire, relinches y temores, Mascarela ingresa a lo que sería su nuevo aposento por el resto de sus días.

* Llévenla con los otros, para mañana quiero que le cambien sus herraduras, en poco tiempo las que lleva puestas terminarán por hacerle daño.

Silvestre lo escucha sin pronunciar una sola palabra, en el fondo él tenía la certeza que este animal terco y empecinado hará lo imposible por evitar que le arranquen lo que le pertenece, entre dientes murmura *que el haber adquirido ese animal ha sido una locura*.

La fascinación perdida por aquel animal lo atolondra tanto que por momentos descuida los cuidados de la hacienda. Vigilando con frecuencia sus movimientos, Joaquín asegura poder doblegar a la yegua. Sus visitas al establo se hacen con más frecuencia, alterada Mascarela lo recibe inquieta, ella no cree en encuentros casuales. En repetidas ocasiones, Joaquín trata de apaciguar sus arrebatos acercándose y hablándole tiernamente más la yegua relinchando y golpeando con sus patas posteriores lo rechaza. Ante tal desconfianza por parte del animal, Joaquín se pregunta el porqué de su comportamiento tan arisco.

Después de varios días de reconocimiento en el establo, Joaquín cree oportuno presentarse nuevamente. Incomodada por su presencia, Mascarela relincha sin cesar, al aproximarse ella chispea de cólera, martillando sus cascos en el silencio del retablo, se levanta indignada con gemidos y relinches entrecortados, llamando de este modo a su tropel. Con su actuar, Joaquín constata que Mascarela es la cabeza de la cuadrilla, los caballos imitando sus gestos consienten su parodia, Mascarela deja caer sus alimentos y el resto la secunda. Con la mirada, impávido Joaquín sigue los movimientos desaforados del animal. Mantener el orden en el establo cuesta mucho trabajo y Joaquín no puede admitir que una yegua advenediza destruya lo que en años construyó. Con una voz estentórea, clama a la disciplina, regañando fuertemente a la culpable. Después de un buen rato, contrariado y sofocado, Joaquín sale del establo. Así pasaron los días y en Mascarela no se observa ningún cambio.

Por ese entonces, Joaquín tiene la recóndita idea de organizar una competencia, las peleas de gallos fueron arrumadas en el rincón del recuerdo, para dar paso a las demostraciones de valentía y coraje. Su pasión por los caballos lo lleva a ofrecer una muy buena recompensa a aquel que llegue a domar a su suplicio. Al término de una semana, ningún inscrito figura en la lista. Empecinado en doblegar ese animal, él mismo se apunta en la lista haciéndose pasar por el hombre que todo lo puede. Joaquín reúne los trabajadores asegurándoles que esa yegua será domada. El día y la hora fueron fijados y ante tal reto Joaquín pasa su tiempo libre en otras haciendas, ejercitándose con los caballos de comportamiento difícil. Él quiere demostrar que no hay animal que se le oponga. Ante tal atrevimiento, todos quedan impávidos por la noticia. El peligro es grande y su familia le exige con insistencia de desistir, mientras que Silvana, Silvestre y sus hombres de confianza le suplican de suspender el reto. Los trabajadores y sus familias, sumergidos en sus inacabables creencias lanzan los más disparatados rumores sobre el origen de aquel ejemplar. Algunos dicen que ese animal es el mismísimo diablo puesto que lleva consigo la capa negra del infierno que lo cubre de pieza a cabeza, otros aducen que se trata de un alma en pena, que ronda por los Andes y que no partirá hasta llevarse consigo un mortal al otro mundo, los más osados añaden que desde el momento en que pisó la hacienda, el cielo se ensombreció.

El día de la prueba, la plantación entera se vuelca en el terreno de la competencia, todo está preparado, Silvestre termina de limpiar y brillar sus espuelas. Después de tantos desmanes, Mascarela lleva consigo la montura de Joaquín. Sometida por la fuerza, Mascarela, espera como un boxeador en la esquina del ring para defenderse. Su actitud desafiante lo dice todo. Al penetrar Joaquín en el terreno, Mascarela le lanza una mirada tan amenazadora que, entre los presentes, algunas familias se retiran con el miedo que la yegua lance una maldición. Mascarela tiene las orejas agachadas, su quijada profunda se abre para mostrar sus dientes blancos, sus ojos se fijan firmemente en su contrincante, cerrando instintivamente su quijada como para insinuarle que ella está lista. Lourdes apegada a su fervor con un grupo de mujeres se encuentran en la capilla implorando por su hijo.

Y así como después de un incipiente sueño, Joaquín se aproximaba ante su contrincante con los ojos pequeños y un poco adormecidos, colocándose las espuelas a las botas avanza hacia el animal. La yegua le lanza muecas amenazantes como para insinuarle el deseo de no ser tocada.

* Espero que veas más allá de tus narices, ten cuidado, ten mucho cuidado hijo por donde pones los pies, esta yegua desde hace un buen tiempo te está advirtiendo. No corras peligro inútilmente hijo, le aconseja su padre.
* Descuida papá, yo soy el único capaz de domar este rebelde animal, ya verás.
* Joven Joaquín, todavía tiene tiempo para dar marcha atrás, le implora Silvana.
* ¡Oh no! Ya está decidido, es ahora o nunca.

Más Joaquín obstinado, no entiende razones. Aquella tarde, después de haber elevado las apuestas, y ofrecido un día más de descanso si vencía. Joaquín celebra su victoria. El público contagiado por el optimismo de Joaquín, ansiosos se agolpan a las barandas de madera, lanzando gritos, silbando de impaciencia ante tanta demora. En una vigorosa tentativa de adiestrar a la indomable, Joaquín cae una y otra vez de manera estrepitosa. En el suelo ensombrecido por los golpes, la suciedad y los numerosos revuelcos, con el rostro y el cuerpo adoloridos por tanto maltrato abandona la prueba. Chapaleando en la polvareda, Joaquín sale derrotado, aniquilado por la entereza y determinación de aquel ejemplar. A partir de ese momento, Mascarela se gana el respeto de todos los habitantes de la hacienda. Era incomprensible constatar que una yegua de otras tierras con su valentía ha estremecido toda la plantación.

# **LA DISTRIBUCIÓN DE MUÑECAS**

Después de haber pasado una ingrata experiencia, aquel día, un nuevo acontecimiento cambiará el rumbo de su vida. Sylvestre con un correr incipiente avanzaba hacia su patrón, bajo un sol ardiente mezclado con unos ligeros vientos ahogándose por momentos y con un gran deseo de comunicar, Sylvestre mueve sus brazos como suplicándole a Joaquín de permanecer allí.

* Te veo muy exaltado, que te pasa Sylvestre.
* Acabo de dejar la feria de Picha para pedirle que venga conmigo, es el último día, tiene que venir.
* Y que voy a hacer por allá.
* Señor Joaquín, si hubiese pasado los primeros días de la feria, hubiese tenido el privilegio de discutir con don Hatun Apu, el maestro de maestros en la orfebrería.
* Tú mismo lo has dicho, el maestro de maestro ya partió.
* Pero quedan las muñecas Chancay y su artesana, ellas son divinas, los visitantes se las pelean. Tiene que ir, se ofrecen solamente este año.
* Sylvestre has perdido el juicio, dime ¿Que voy a hacer yo con una muñeca?
* Son protectoras, todos necesitamos una en nuestras vidas.

Sin poder contenerse, Joaquín ríe abiertamente, y dejando a Sylvestre en sudores, parte al encuentro de uno de los caballos. Al aproximarse al establo, Joaquín es testigo de una extraña visión, un niño apenas visible se coge de la cola de un caballo y con su otra mano, lo invita a montarlo. El niño porta una túnica blanca, sandalias y un lazo en la frente que sostiene su frondosa cabellera. Así se revela un poder imperceptible, la proposición es sencilla:

* Montar un caballo y partir a la feria.

El rostro del infante se enternece al posar su mirada en los ojos de Joaquín y con una voz casi suplicante repite.

* Suba, suba si vuestro corazón lo desea.

Joaquín estupefacto, trata de tocar al niño, pero él no es real, es simplemente un espejismo, una idea, una ilusión que le dicta su corazón. Por un momento, Joaquín se siente como envuelto en una existencia que desconoce, en un quizás, en un porque no y convenciéndose poco a poco, empujado por una fuerza impalpable, Joaquín ordena a Sylvestre que le prepare un caballo puesto que el partía. Como ha llegado a esa decisión, si él no ha visto nada. Sin embargo, un sentimiento de urgencia anida en su ser.

* ¡Apúrate Sylvestre! No puedo esperar más, tengo que partir.

Sylvestre percibe, el ligero malestar de Joaquim, con un tono inquieto le pregunta:

* ¿Todo va bien señor?
* Si, Sylvestre todo va bien.

Dominado por un ansia incontrolable, Joaquín se interna en los caminos tortuosos de la sierra peruana. Después de algunas horas de recorrido, los árboles de Picha se manifiestan. Había pasado varias horas cabalgando y al ver la puerta de fierro forjado de la feria, se prepara a atar a su caballo, cuando el con un movimiento brusco se lo impide.

* ¡Eres más terco que un burro! No sé si podré entrar contigo.

Vencido por esa mirada fija del animal, Joaquín cede a su capricho y tornando su rostro observa que la feria está vacía.

* ¿Dónde se han metido todos? Según Sylvestre, en esta feria no cabe un solo alfiler más.

Al ver un transeúnte avanzar, Joaquim le pregunta:

* ¿El kiosco de muñecas?
* Al fondo señor.

Cogiendo su caballo avanza a paso apresurado. Joaquín ha llegado tarde, y no desea por ningún momento interrumpir. Helébora lo observa con extrañeza avanzar hacia el fondo, el público no cesa de moverse, más con delicadeza Helébora logra captar nuevamente el interés de su auditorio. Joaquín no encuentra el espacio ideal, de repente su caballo avanza y ante las miradas impávidas de los curiosos, Helébora sonriendo prosigue su presentación. Y lanzando un grito a todo pulmón, Joaquín añade:

* Prosiga por favor.

Una vez más, el tiempo fue muy clemente, Helébora abandona su llama con una idea fija, captar la atención por completo, y con una dulce y melodiosa voz, solicita al público de seguirla. Los espíritus un poco alterados, no entienden lo que sucede.

* ¿Quién es ese perfecto desconocido que tanto alboroto está causando?, tengo el presentimiento que de un momento a otro desbaratará la presentación de Helébora.
* Se trata de Joaquín Salgado, responde Ollantay con cierta seguridad.
* Y como conoces a este tipo.
* Mi hijo, lo invitó.
* Uds. siempre imprudentes, ¿por qué traer a este individuo a la feria? Vamos despabílense, tenemos que evitar que esto se convierta en un caos.

Al mandato de su jefe, los espíritus se reagrupan y entre todos empujan la llama blanca hasta el espacio señalado por Helébora para iniciar su historia. Cogiéndola de la mano, le incitan de retomar su animal. La muchedumbre apiñándose, se apretuja para escucharla, mientras que Joaquín en el fondo termina de acomodarse. Algo muy singular cruza su mente, en aquel momento Joaquín imagina presenciar una revelación.

* Esta muchacha guarda un secreto oculto, se dice entre murmullos.

Lista a empezar su historia, Helébora barre su auditorio con una mirada profunda, y en un silencio de catedral, Helébora se prepara a comulgar con su público. Su mirada cruza por un instante con aquel de Joaquín y la presencia de aquel perfecto desconocido la desarma, sin que ella pueda comprenderlo. De repente, Joaquín tiene la impresión que el sonido de aquella voz tan ligera y diáfana se le escurre por la piel, chispeando un rocío casi imperceptible y su tímida mirada roza sus pupilas e instintivamente él trata que todas esas sensaciones fugaces nunca antes sentidas perduren en su ser. En aquellos mágicos momentos, la voz, gestos, miradas de Helébora parecen tener un doble sentido. Y a cada instante se extasía, Joaquín descubre una nueva dimensión en su interior. Un grito muy profundo estalla en su ser, es una pequeña lucecita, son momentos muy tiernos, momentos de remanso, de encanto. Joaquín anonadado, observa el movimiento de los labios de Helébora, el articular de cada palabra que se convierte en un gozo indecible.

Una nueva historia comienza, esta vez Helébora hace alusión a una remota civilización pre-inca, un pueblo como tantos, convivía con sus propias creencias y dioses formados de tradiciones e inclusive de supersticiones. Sus habitantes, conformados la mayor parte de agricultores y unos que otros pastores, subsistían más que nada de los productos de la tierra. Durante varias semanas las lluvias que humedecían los suelos, nutriendo y revigorando las plantas recientemente cultivadas no caían, la desesperación era tal que muchas familias acongojadas, de rodillas en los cultivos oraban para que sus dioses los escuchen y envíen las tan deseadas precipitaciones al pueblo.

A pesar de su férrea devoción y el ardiente deseo truncado. Ante la urgencia de la situación y al ver que las oraciones y las suplicas se consumían sin ningún efecto, el curaca del pueblo, inquieto por el bienestar de los suyos, reunió a todas las familias para hacerles parte que a partir de hoy empezarían los sacrificios.

Al día siguiente al ver que la lluvia ni siquiera se asomaba, el curaca sacrificó algunos animales durante el día, mientras que los rezos y peticiones se sucedían, sin portar ningún fruto. Los esfuerzos fueron vanos, el curaca preocupado anunció que esta vez, se tendrá que sacrificar a una niña.

A vísperas del día tan sonado, sacudidas por la cruda realidad, llenas de espanto, la madre y la niña designada, partieron con su muñeca Chancay en mano a clamar a la montaña sagrada del altiplano. Los rumores que circulaban corroboraban que, en esa peligrosa montaña, las plegarias eran siempre escuchadas. El tiempo moroso y oscuro no era una disculpa; restaban unas cuantas escuálidas horas antes de que cayera el anochecer. Las indefensas mujeres se internaron al desfiladero de la montaña, con una determinación inquebrantable para orar, suplicar con todo su corazón, y así evitar una catástrofe para el pueblo. Embarcándose por senderos poco circulados, poblados de rocas inmensas que obstruían el paso por intervalos, rutas maltrechas, estrechas, pedregosas, bordeadas de precipicios. Las dificultades de la ruta no las amedrentaron, simplemente las forzaron a frenar su ritmo, la prudencia fue su mejor consejera. Perturbadas por el azote constante del viento, desplegaron toda su energía para evitar caerse. Finalmente, después de innombrables esfuerzos llegaron a destinación. La montaña era inmensa, blanca, fría, dura, imponente, desprovista de alma se repetía con convicción la madre. ¿Pero qué hacemos aquí? y la hija le repetía: venimos a orar, a suplicar, la lluvia tiene que inundar nuestros cultivos y salvar nuestro pueblo de la sequía, de esa manera mi sacrificio será abolido. En este mundo blanco, lleno de misterios, creyeron ver siluetas sigilosas apareciendo y desapareciendo. "*Obviamente, no elegimos el buen momento*", repetía la madre. Y la niña, temblando se adelantó con temor.

* No temas mama, hiciste bien, ahora solo nos queda orar.

De rodillas, las dos mujeres rezaron con mucho fervor durante largas y tendidas horas, sin percatarse que la noche les hacía ya compañía. Al levantarse, las nubes cargadas de algodones ennegrecidos, anunciaban el paso de la noche, todo estaba muy oscuro. Para su gran desesperación, no se anunciaba bien. Al abandonar su hogar en plena angustia, no atinaron en traer con ellas una antorcha que les guie el camino en momentos de tinieblas, imposible de dar un paso más. Armándose de valor, una vez que reanudaron el camino, además de los peligros del territorio andino, el frío mordaz las acompañó.

* *Que terrible caminata*... ¿*el riesgo valió la pena?*, se preguntaba inquieta la madre sin convicción.

Aquella madre de familia capaz de todo por salvar la vida de su hija tan querida, estaba perdiendo todos sus sentidos frente a esta experiencia atroz, sin cerrar los ojos se imaginaba ser juzgada por su intrépida acción. El camino era muy sinuoso y estrecho y los pies ya no los sentían, el manto blanco las cubría. Horas de desesperación por salir de ese horrible lugar no faltaron, ganadas por el dolor y la insuficiencia de respiración, las dos mujeres permanecieron presas de desesperación.

Al día siguiente, un vecino inquieto, amigo de las dos mujeres, al ver que no regresaban, observaba el horizonte de donde se desprendían nubes negras cargadas de malos augurios. Se perfila una tragedia, se repetía casi demencialmente. Valiente como ninguno, se juró domar las rutas, los precipicios y enrumbarse hacia la montaña sagrada. Aquella tarde, después de una extensa caminata por los arriesgados senderos que lo conducían a la montaña, una imagen escalofriante quedaría grabada en su memoria por la eternidad. Las piedras milenarias de su fracturado recorrido, le mostraban de un modo trágico, el súbito cambio de temperatura. En la entrada de una gruta, desamparadas, una mujer y una niña en brazos, estaban hechos un bloque de hielo. La espera debió ser larga, se preguntaba el hombre con certeza. Con la mirada atónita, lleno de curiosidad y pasos inseguros, el hombre asustadizo avanzaba hacía la masa congelada.

* ¿Qué puedo hacer? Son ellas, mis vecinas, exclamaba acongojado.

Atormentado, entre vuelos y medios vuelos, de los cóndores, uno de ellos descendió hasta el lugar de la tragedia y atascando sus alas en un pico de montaña, debido a su insensatez, una piedra se precipitó en pleno bloque de hielo, el ruido fue tan estruendoso que el hombre tuvo la impresión que estallaría su cabeza, y mirando de reojo constató que el bloque estaba dividido en dos, dejando a la mujer y a la niña al descubierto. El hombre saltó por el impacto, retrocedió, y al ver a la mujer tiesa como un muñeco de cera, la reconoció, era su pobre vecina. Mudo ante tanta tristeza, sus ojos recorrían desesperadamente el bloque de hielo, ¿cómo extraerlas de ese suplicio? Conmovido cogió el amuleto que la niña mantenía en sus manos y que supuestamente las protegería. Por lo visto, esa muñeca no había cumplido con su función, he aquí los desastrosos resultados, se repetía el hombre desamparado. Observaba el pequeño cuerpecito que abrazado al de la madre yacía, en un estallido de desesperación e impotencia, se llenó de valor. Las inclemencias del clima les había arrebatado la vida, se repetía sollozando, las sacaré de aquí cueste lo que cueste.

Barboteando incoherencias, espero un momento a que el hielo se funda un poco más y le permita liberar los fríos cuerpecitos de ese cubo mortal. El hombre, se entregó por entero a su labor. Haciendo uso de su energía, frotaba vigorosamente con la muñeca en mano, el pequeño cuerpecito. Con el corazón en vilo, el hombre llevo en hombros a los dos cuerpos inertes. Después de una tarea ardua y tediosa, le fue muy difícil concebir como había hecho para liberar a esos dos cuerpos de ese infierno bajo hielo y traerlas de regreso hasta el pueblo.

Al llegar a su pueblo, una sorpresa de talla lo esperaba, la lluvia tan ansiada caía estrepitosamente, mojando copiosamente los cultivos secos y las tierras resquebrajadas. El pueblo fue salvado, se repetía con tranquilidad, mientras que sus hombros transportaban a sus moribundas vecinas. Al llegar a casa, las envolvió en una piel de llama para que se calienten y al costado colocó el amuleto que traían con ellas: “*la muñeca Chancay*”, luego las situó cerca de un fuego incandescente. Horas más tarde, a fuerza de añadir más cobijas, y compresas de agua caliente que frotaba constantemente en las sienes de aquellos dos seres postrados en la cama, madre e hija dieron señales de vida.

Apenas despertaron, la muñeca les sonreía, mientras que el curaca del pueblo conmovido por su historia se presentó a la casa para agradecer a las pobres mujeres el haber desafiado la muerte para implorar por la lluvia. El cielo del altiplano había escuchado sus plegarias, ya no era necesario hacer más sacrificios.

Una vez más, la fe las había salvado, la historia llegó a su fin, esperanza, tierna esperanza, no la pierdan concluye Helébora que no cesa de mirar de izquierda a derecha buscando miradas o gestos de aprobación a su prestación. Ella está un tanto nerviosa pero muy atractiva, su rostro con esas mejillas rojas, esa tez tersa y lozana llena de vida, representa orgullosamente los habitantes de los Andes. En cuanto a Joaquín, desconoce esa historia como su procedencia, ella la relató con tanta emoción que hasta lágrimas rodaron por su rostro y una vez más el público extasiado aplaude aparatosamente. Fuera del terral, una larga fila la espera con impaciencia, al darle la mano, entre rumores y risas el público se despide. Y en el fondo del terral, Joaquín la observa como si se tratase de una aparición celestial, mientras que Helébora cubierta de rubor suplica con su mirada tierna e inocente de parar este vil tormento. De repente, agitando sus manos en el aire y golpeando fuertemente, Joaquín ofrece los aplausos más aparatosos.

* ¡Bravo que magnifica prestación!

Al verlo, muchos lo reconocieron, se trata de un miembro de una de las familias más poderosas de la región, la familia Salgado. Adivinando sus intenciones, el público se hace a un lado y de un paso decidido avanza hasta la protegida de las montañas. Con el radiar de su sonrisa, su belleza se acentúa.

* ¿La verdad es que nunca he visto criatura más bella? ¿Como te llamas?

Al posar sus ojos sobre él, Helébora siente una especie de transformación, el destello de los ojos de aquel forastero, la hacen desvariar.

* Las historias están llenas de una grande espiritualidad.

Evidentemente, Helébora a unos pasos del desconocido sonrojaba.

* Disculpa, no es mi intención perturbarte, dime, ¿cuál es el precio de tus muñecas?

Sorprendida, ella no sabe que decir, de repente lo reconoce, el hombre que está delante, es nada menos que Joaquín Salgado aquel que el público habla. Oprimidos ante tremenda timidez, sus labios se sellan, meneando la cabeza de izquierda a derecha para no desmayarse, Helébora se esfuerza en concentrarse en la pregunta, más aquella mirada seductora, profunda y varonil, la hacen estremecerse de la cabeza a los pies. Balbuceando unas cuantas palabras y armándose de valor, responde tímidamente:

* Son muñecas de trapo señor, no creo que les puedan ser útiles, no vendo mis muñecas, lo siento.

Impresionado por la timidez de la jovencita, Joaquín insiste:

* Las compro todas, envuélvemelas que me las llevo.

Mirándolo de reojo, Helébora completaba el pedido, sus manos temblorosas traicionan su calma, Helébora estrujaba una muñeca inconscientemente. Y con un leve suspiro pronuncia:

* Lo siento señor, ellas no están hechas para Ud.

Al ver su profundo nerviosismo, la tranquiliza:

* No te preocupes, no insistiré más, es tan solo un pretexto para hablarte, mi nombre es Joaquín Salgado, ¿podemos conocernos más?

Ella contesta sin atreverse a mirarlo de frente.

* Si su corazón lo desea.

Intrigado por la respuesta, le pregunta de dónde viene aquella frase.

* Es una frase que corre y resuena por los Andes.

Y mirándola con ojos soñadores, le pregunta:

* ¿Como te llamas?
* Helébora.
* Helébora, que nombre tan particular.
* ¿Dime Helébora, puedo ayudarte a cerrar tu quiosco?
* No señor.
* Bueno me voy, no quiero que tu madre piense que me voy a robar a su hija, pero antes de partir, dime ¿nos volveremos a ver?
* Vivo en Cuchimilcos.
* Muy bien Helébora, tienes un bonito nombre.

Joaquín parte a caballo con la promesa de verla nuevamente. Al dejar su quiosco, él deambula por las arterias de la feria, recorriendo las avenidas pintorescas con una sonrisa en los labios. En un atardecer rojizo, Joaquín deja Picha con una nueva razón en su vida.

1. Hacienda = palabra medieval de proveniencia española que designa al origen alguna forma de bien mueble o inmueble en especies, ganado, tierras. Se habla de haciendas mineras, des haciendas de corderos, des haciendas de cultivo y ganado. La utilización del termino hacienda sin adjetivo y empleado solamente para designar un dominio rural, no se impuso realmente durante el imperio que hasta el siglo XVII. (La América española desde Colón hasta Bolívar, pagina 11, Bernard Lavallé, ediciones Belin, 1993) [↑](#footnote-ref-1)